

IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile, 2001.

Niños y Jóvenes en Situación de Calle.

Gloria Ochoa. y Claudia Pascual.

Cita:

Gloria Ochoa. y Claudia Pascual. (2001). *Niños y Jóvenes en Situación de Calle. IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/iv.congreso.chileno.de.antropologia/37>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ef8V/sb7>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Ponencia presentada en el Congreso: Análisis de 10 años de Desarrollo Humano. Límites y potencialidades para una estrategia de desarrollo. Facultad de Ciencias Económicas (UPV). Bilbao, 18 al 20 de febrero de 1999.

MAZETTELE, L. y SABAROTS, H. "Poder, racismo y exclusión". En: Antropología, compilado por Mirtha Lischetti, Buenos Aires, EUDEBA, 1994.

MERKLEN, Denis "Organización comunitaria y práctica política. Los ocupantes de tierras en el conurbano de Buenos Aires" En: Nueva Sociedad....

MIDGLEY, James "La Política Social, el Estado y la participación de la Comunidad". En: Pobreza. Un tema imposterizable. Fondo de Cultura Económica. México. 1993.

MINGIONE, Enzo "Polarización, fragmentación y marginalidad en las ciudades industriales". En: Clase, poder y ciudadanía. Anna Albert, Soledad Garcia, Salvador Giner (comp.). Editorial Siglo XXI, Madrid, 1994.

MINUJIN, Alberto (editor) Desigualdad y exclusión. Editorial Losada UNICEF. 1997

MONREAL REQUENA, Pilar "¿Sirve para algo el concepto de cultura de la pobreza?" En: Revista de Occidente, Núm. 215, Abril 1999.

NUN, José "El futuro del empleo y la tesis de la masa marginal" En: Desarrollo Económico, vol. 38, nro. 152, enero-marzo de 1999.

PAN-MONTOJA, Juan "Pobreza, exclusión y desigualdad". En: Revista de Occidente, Núm. 215. Abril de 1999.

QUIJANO, Aníbal "La formación de un universo marginal en las ciudades de América Latina" En: Manuel Castells (comp.) Imperialismo y urbanización en América Latina. Editorial Gustavo Gil. Barcelona, 1973.

RAHNEMA, Majid "Pobreza". En: SACHS, Wolfgang (comp.) Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder. Lima, Pratec, 1996.

RATIER, Hugo Villeros y villas miserias. CEAL. Buenos Aires, 1985.

ROSANVALLON, Pierre La nueva cuestión social. Ediciones Manantial. Buenos Aires. 1995.

SABAROTS, H. ; SARLINGO, M. "Los caminos de la organización popular barrial: límites y potencialidades de una experiencia". En: Miradas urbanas - Visiones barriales. Gravano A. (Comp.). Editorial Nordan. Montevideo. 1995.

SALTALAMACCHIA, Homero Barbarie capitalista y prácticas de refugio. Ponencia presentada al II Encuentro Internacional "Movimientos y Desigualdades" México, nov. de 1993.

VILAS, Carlos "De ambulancias, bomberos y policías: la política social del neoliberalismo". En: Desarrollo Económico, Nro. 144, vol. 36 Enero-Marzo de 1998

VILAS, Carlos M. "Estado, sociedad y democracia en América Latina: notas sobre la problemática contemporánea". En: Samir Amin y Pablo Gonzalez Casanova: La nueva organización capitalista mundial vista desde el sur. El Estado y la política en el sur del mundo. Anthropos, España, 1996.

VILLARREAL, Juan "Los de afuera". En: El Caminante. Cuaderno No. 2. Julio de 1996.

WACQUANT, L. Las cárceles de la miseria. Ediciones Manantial. Buenos Aires, 2000.

WACQUANT, L.J.D. El Correo de la Unesco. Febrero de 1993.

Niños y Jóvenes en Situación de Calle

Gloria Ochoa y Claudia Pascual

La presencia de los menores callejeros o niños/as de la calle en las grandes ciudades de América Latina, en general, y de nuestro país, en particular, es algo que todos podemos constatar; los vemos deambulando en diferentes y variados lugares, así como también desarrollando distintas actividades; los vemos pequeños y mayores (niños/as y jóvenes), mal vestidos y a veces enfermos. Dada esta presencia los niños/as y jóvenes de la calle se han constituido en sujetos específicos del espacio urbano, con un posicionamiento y percepción que han derivado en usos, códigos y visión de este espacio propios, y, en algunos casos, diferentes a los

del ciudadano común. El ser y estar en la calle, que se constituye en el espacio propio e identitario de éstos/as, define acciones y actitudes, así como también relaciones con el mundo y los otros que pueden ser comprendidos desde el punto de vista cultural, de acercamiento al otro/a desde su propio lugar y mirada. Es por esto que creemos que la comprensión y perspectiva antropológica nos ofrece herramientas capaces de acercar su mundo al nuestro, de identificar sus definiciones de mundo y codificación del mismo apuntando a la comprensión de éste. En este sentido, esta visión se constituye en un aporte a los tratamientos que se han dado

al tema, ya que se han centrado en las causas del fenómeno y estrategias específicas de intervención, más que en la visión de los sujetos/as involucrados.

Uno

La presencia de los menores callejeros o niños/as de la calle en las grandes ciudades de América Latina, en general, y de nuestro país, en particular, es algo que todos podemos constatar; los vemos deambulando en diferentes y variados lugares, así como también desarrollando distintas actividades; los vemos pequeños y mayores (niños/as y jóvenes), mal vestidos y a veces enfermos; constituyendo un fenómeno urbano.

Desde la Antropología nos encontramos con estudios del espacio urbano muy variados, por ejemplo: diversidad cultural, sectores populares, comercio callejero, cultura y subculturas (popular, dominante, contracultura), etc. La forma que adquieren estos estudios, van desde las monografías etnográficas hasta el análisis cultural detallado de alguno de los fenómenos. Así, Patricia Safa, nos dice que la antropología urbana puede ser un aporte importante para llegar a explicar los fenómenos culturales que en las ciudades se dan, nos permitiría analizar los procesos por los que las personas resuelven sus necesidades de acuerdo con ciertas condiciones objetivas que la ciudad ofrece, y de acuerdo con costumbres, creencias y tradiciones propias en donde las "diversas temporalidades" se manifiestan. (Safa, P, 1992: 3).

Para esta autora, lo anterior implica repensar las perspectivas, los modelos de análisis, y las preguntas sobre el espacio urbano, hasta ahora utilizados. Así, el análisis de los procesos culturales que se generan, desarrollan y manifiestan en la ciudad requiere de un análisis de múltiples significados de la experiencia. (Safa, P, 1992: 6)

Por lo tanto para esta autora, la antropología urbana no puede ocuparse solamente de ciudades o unidades pequeñas, como si eso nos garantizara la homogeneidad tan anhelada; objeto de estudio también deben ser las calles, las trayectorias habitacionales, la decoración de las viviendas, el uso diferenciado de los espacios, entre otros.

Lo anterior, nos remite a una concepción de la antropología urbana que no se explica por el estudio en las ciudades, sino más bien de las ciudades, que se justifica en tanto existe una heterogeneidad de actores en el espacio urbano que usan y dan significado a dicho espacio. Y esto no sólo tiene que ver con el espacio urba-

no propiamente tal, sino por sobre todo con quienes le asignan significado y utilizan la urbe (o parte de ella). Es esta complejidad, la que hace atractivo y pertinente el análisis antropológico.

Vista así la antropología urbana, y la ciudad, los niños en situación de calle pueden ser considerados a partir de estas premisas. Es decir, ellos usan y dan significado a la calle y a sí mismos, en tanto sujetos urbanos, no sólo porque el espacio pudiera influir en su visión de mundo, sino porque ellos significan el espacio a partir de su experiencia y de la visión que comparten con los grupos y espacios anteriores de los cuales vienen (sectores urbano populares).

Dos

De acuerdo a los estudios realizados, se ha determinado, que la presencia de niños y jóvenes en las calles tiene como principal causa la situación de pobreza en que viven sectores de nuestra sociedad; pobreza que encuentra su origen en la desigual distribución de recursos, lo que produce que un sector de la población no cuente con los elementos necesarios para su sobrevivencia.

Se ha definido a los niños y jóvenes de la calle a partir de una distinción: jóvenes de y en la calle; así, según la UNICEF los primeros corresponderían a niños y adolescentes, hasta los 18 años de edad, que permanecen en la calle esporádica o permanentemente. La calle es su hábitat principal, reemplazando a la familia como factor principal de crecimiento y socialización (Bravo, 1994:5). Y los segundos serían aquellos niños y jóvenes que realizan actividades de generación de ingresos, en respuesta a situaciones socialmente impuestas. Se ubican dentro de una economía formal, informal o marginal (Bravo, 1994:5-6). Es así, que los jóvenes en la calle son identificados como niños y jóvenes trabajadores, o en estrategias de sobrevivencia. Como vemos, estos dos conceptos nos remiten a la relación del menor o joven con la familia y con las actividades de sobrevivencia, pero no ahondan en sus particularidades.

Por otro lado, existe una definición que incluye la distinción anterior y amplía el concepto de niño y joven de la calle, nos referimos a la definición de jóvenes en situación de calle. El concepto situación de calle alude a la amplia gama de quehaceres, tiempo de concurrencia y formas de estar en la calle. En realidad, hay tantas situaciones de calle como niños en esta condición, ya que la situación de calle incluye también, las parti-

cularidades concretas de los sujetos: sexo, edad, etnia, historia familiar, ciudad, tipo de barrio o zona frecuentada, etc. (Mazzotti et al, 1994:15-16).

El concepto de niño o joven en situación de calle nos parece apropiado, pues la distinción anterior enfatiza en la diferencia que habría entre dos tipos (de y en la calle) en relación con la existencia o no del vínculo familiar más que por las características específicas de los sujetos. Por otro lado, trabajos de países vecinos nos confirman la fragilidad de la distinción a partir de la variable recién expuesta; María Eugenia Mansilla, nos propone ampliar el término jóvenes de la calle, pudiendo designar a la situación que viven los niños que, teniendo laxos los lazos afectivos con su familia biológica, no necesariamente viven en la calle (Mansilla, M.E., 1989:149), por lo tanto lo que caracterizaría a estos niños sería más bien las costumbres, normas y valores propios de la calle, así como también la situación de marginación en que viven. Lo anterior, queda aún más ejemplificado en la descripción del circuito calle de estos jóvenes: casa-calle-institución-casa-calle, etc. Dentro de las características generales que se dan para los jóvenes en situación de calle, nos encontramos con que son abandonados, carentes de afecto, sin resguardo físico y psicológico (CEPPAC, 1993), tienen baja escolaridad, expuestos al maltrato y a la explotación laboral, sexual y violencia, que afectan su desarrollo (Bravo, 1994). Se ubican principalmente en zonas urbanas, generalmente pernoctan en puentes, sitios eriazos, rincones específicos, casas abandonadas. Además, realizan actividades de sobrevivencia económica, trabajos esporádicos y de baja remuneración; si bien podríamos enumerar una larga lista de actividades, sabemos que éstas también dependen de la oferta del "mercado", por lo tanto, la realización de determinadas actividades dependerá entonces del ambiente en el que vive (Mansilla, 1989: 151)

En cuanto a la diferencia entre hombres y mujeres, un estudio realizado en Uruguay, señala que las mujeres jóvenes en situación de calle ocultan de cierta forma su situación, ya que reconocen la asociación entre salida a la calle y el ejercicio ilegítimo de la sexualidad, ya sea como trabajo o como encuentro de pareja; a pesar de recibir críticas por su opción, valoran las experiencias y vivencias que encuentran en el ámbito callejero. Asociado a esto, no manifiestan intención de romper lazos con su familia ni de cuestionar los valores que la sociedad transmite como deseables para las mujeres. (Mazzotti, 1994). En este sentido, a pesar de la ruptura que significa la salida a la calle y la apropiación de los

códigos y sentidos correspondientes, lo que podría ser visto como una expresión de autonomía y autodeterminación, estas jóvenes tienen incorporada la imagen cultural tradicional de ser mujer, siendo altamente significativa para ellas.

Tres

Como hemos señalado, el espacio urbano se constituye como tal no sólo por los elementos que lo componen, sino que también surge por la utilización que se hace de él y por el significado que se le otorga; al mismo tiempo, los sujetos que en él se desenvuelven, tanto por su heterogeneidad como por sus condiciones objetivas, así como por las necesidades que en él satisfacen, también lo definen, como es el caso de los niños y jóvenes en situación de calle. En este sentido, a continuación presentaremos una aproximación a este fenómeno de la urbe, desde la visión que tienen de sí mismos y de la calle.

Representación de la calle

La calle para los y las jóvenes en situación de calle, es un espacio dicotómico, pero complementario, es decir, la calle significa "algo bueno y malo", como todo en la vida, sin embargo pareciera que el "otros" o el "nosotros" que no estamos en situación de calle, sólo nos fijamos en los aspectos negativos del espacio calle, y eso también lo saben estos jóvenes. De ahí que sentimos necesario partir por las impresiones positivas que tienen de la calle.

Dentro de las características "positivas" se encuentra la posibilidad de ser ellos, de estar solos en el sentido que "nadie los mande". Es decir, la calle es percibida y representada como espacio de libertad, libertad en relación al hogar. Perciera que el espacio público al ser de todos y al mismo tiempo de nadie, les permite actuar según sus códigos de comunicación y comportamiento, no hay "imagen" que resguardar, según el sentido tradicional de los espacios públicos, no sienten el peso del ojo de la masa que los observa.

La calle es comparada con el hogar familiar, o a la calle del barrio, es así como algunos jóvenes la representan como espacio para "despejarse" de los problemas del hogar, o bien como espacio donde nadie los castiga por "hacer maldades", o también la calle les permite ver y conocer gente nueva.

Ligado a lo anterior, en este espacio de libertad se disfruta, se "pasa bien", se resuelven los aburrimientos, la

monotonía, los problemas. La diversión, por ende, es un elemento importante en la representación del espacio calle para estos jóvenes, ello no implica que "todo el día se esté de fiesta", pero en comparación a otros espacios utilizados por los jóvenes (tanto en el presente como en el pasado), la calle es más divertida.

Además, la calle les permite la sobrevivencia económica, ya sea por actividades lícitas como ilícitas. Según los jóvenes, la calle siempre les permite "comer", ya sea "macheteando monedas", "descargando" teléfonos, trabajando de manera informal, pidiendo alimentos en lugares como la Vega Central, robando, etc.

Por otro lado, la calle es un espacio percibido y representado como educativo. Esta visualización tiene su lado bueno y su lado malo. Así tenemos jóvenes que la representan como algo bonito porque es una escuela, en ella se aprende a respetar y a ser respetado. Aunque otros jóvenes no le asignen un valor positivo a ese aprendizaje, sí reviste principal importancia para la mayoría el aprender a respetar y a hacerse respetar, y estas experiencias de vida, para estos jóvenes, pareciera que sólo se aprenden en la calle. El respeto es algo que se adquiere en base a los enfrentamientos que un individuo haya tenido en el espacio calle, implica pelea, implica no evadir una situación donde se es desafiado, incluso a sabiendas que se va a perder la pelea. El respeto es ser alguien.

Sin embargo, la calle también es una escuela de conductas castigadas por la sociedad. Los jóvenes nos plantean que la calle enseña a robar. Esta percepción resulta interesante, pues se identifica al espacio calle con la actividad ilícita y no se hace mención a los individuos, o grupo de pares que participan de dicha "enseñanza". Pareciera como si la diversidad de individuos, de recursos y de estilos de vida que se manifiestan en el espacio calle, obligara a estos jóvenes a "aprender" a delinquir. Esto pudiera explicarse a partir de que estos jóvenes también quieren tener y disfrutar los "beneficios" que el modelo económico sustenta.

Ahora bien, el espacio calle también tiene sus aspectos negativos. Todos los jóvenes perciben la calle como espacio no fácil de sobrellevar. Por tanto en la calle no podría sobrevivir cualquiera, algunas expresiones de los jóvenes así lo manifiestan:

No es fácil, es penca;

No es para todos;

En la calle nadie llega a viejo;

En la calle humillan

Estas expresiones representan claramente los peligros que se encuentran en ella. En la calle se puede morir,

en la calle te pueden violar, en la calle hay que escaparse de los carabineros (y si te llevan preso la pasas mal), en la calle se reciben insultos, se te estigmatiza ya sea como pordiosero, prostituta, delincuente, drogadicto, etc. Estos peligros, hacen que los jóvenes de la calle desarrollen estrategias para intentar evitarlos (si es que deciden evitar alguno), por ejemplo, hay jóvenes que se dedican a pedir monedas todo el día para llevar sustento a sus hogares, y esta labor la hacen solo, eso les permite escapar de las fuerzas policiales de manera fácil. Otros, utilizan la calle en grupos, y así evitar el ser agredidos, y más bien pasar ellos a la ofensiva, etc.

En fin a pesar de lo anterior, la realidad de los jóvenes en situación de calle existe, y seguirá existiendo. De esta síntesis, se desprende que los jóvenes en situación de calle utilizan (y a partir de ello se representan) la calle de diversas formas, y cada uno de estos usos les va satisfaciendo alguna necesidad. La calle les permite satisfacer sus necesidades económicas, de recreación, de socialización, de evasión, así como también de integración social.

La calle entonces se transforma en un sistema cultural que contiene y al mismo tiempo potencia el desarrollo de estos jóvenes en situación de calle.

Representación de sí mismo

La representación de sí mismo de los y las jóvenes en situación de calle, se expresa en el discurso y se observa en el actuar. Esta representación contiene dos elementos principales: autonomía y vulnerabilidad; los/las jóvenes se ven a sí mismos como personas capaces de tomar sus propias decisiones, de optar por las alternativas que evalúen como más apropiadas y de poseer la libertad para vivir su vida como mejor les parezca; sin embargo, al mismo tiempo se perciben vulnerables a las diferentes situaciones y personas con las cuales se relacionan en su cotidianeidad y frente aquellas que han sido trascendentales en su historia personal, así como por las condiciones de vida en las cuales les ha tocado desenvolverse. Esta representación, de autónomos y vulnerables, con capacidad de elegir, conlleva un sentimiento de desconfianza generalizado hacia los otros, lo que se traduce en una sensación de indefensión y vulnerabilidad, expresada en la relación con la familia, los amigos y el resto de la sociedad.

Por otro lado, la representación de sí mismo de los/las jóvenes en situación de calle se encuentra estrecha-

mente ligada a su historia personal y a la posición que ocupan en el sistema social. La primera, además, se relaciona con sus vivencias personales, principalmente familiares, donde los padres adquieren un rol fundamental. En cuanto a la segunda, si bien no se encuentra explícita en su discurso, estos jóvenes reconocen que la situación de pobreza y la consecuente carencia los lleva a ellos y a otros como ellos/as a salir a la calle en busca de recursos para sobrevivir.

Por otro lado, la representación de sí mismo de los/las jóvenes en situación de calle, la hemos construido a través de 3 elementos: el sí mismo y los otros (padres, grupos de pares, instituciones), sí mismo temporal (memoria, presentación y proyecto) y sí mismo y el otro generalizado (choro). Por medio de ellos, el joven va definiendo un imagen de sí que en el caso del sí mismo y los otros, donde la relación y la acción de los otros significativos es fundamental, podemos distinguir claramente que el abandono, el maltrato y la precaria situación familiar, así como también la constante dinámica entre adaptación y marginación de las instituciones (principalmente escuela) van generando una sensación de vulnerabilidad y atropello constante, donde la autonomía aparece sólo como una posibilidad al querer salir de las situaciones que me oprimen, y puedo distinguir opciones diferenciadas. Aquí el grupo de pares, eminentemente callejero se constituye en un espacio privilegiado de acción en libertad, a pesar de la adaptación a códigos específicos.

La otra forma de constitución del sí mismo es a través del tiempo, donde la memoria, es decir, el recuerdo de mí mismo me constituye en un ser específico, que en este caso es el recuerdo de la entrada de los jóvenes al mundo de la calle, siendo la experiencia más inmediata la drogadicción, medio eficaz para la evasión, pero al mismo tiempo crudo. El presente, el momento actual, está dado por la acción concreta del individuo, principalmente por las actividades de sobrevivencia que éste realiza y que lo definen. El proyecto, que es la proyección de sí mismos, es decir una visión de futuro generalmente no se encuentra desarrollado por estos jóvenes, ya sea por la etapa vital en la que se encuentran o por la clara falta de expectativas, derivada de las pocas oportunidades que tienen de desarrollarse o de soñar. En cuanto al sí mismo y el otro generalizado, que corresponde a la internalización de lo social, expresa la dinámica entre lo objetivo y lo subjetivo se establece en la aceptación y en el hacer propias las normas, códigos y sentidos asignados por un grupo; así los/las jóvenes al vivir en la calle, deben internalizar sentidos y actitudes

necesarios para poder desenvolverse en la dinámica propia de ésta. Es así como la legitimación que se debe alcanzar para lograr la aceptación es el punto fundamental en este proceso; ésta se logra principalmente haciendo frente a diversas situaciones, principalmente a través de la pelea, y de demostrar con hechos lo que se dice, ambos elementos se expresan en la imagen del choro, que si bien no es utilizada por todos los/las jóvenes, expresa el deber ser de la vida en la calle.

El choro es aquel que resiste la calle, la pesca y la cana, es decir, es quien puede sobrevivir y enfrentar la vida en la calle, la detención por la fuerza pública y la vida en la cárcel. Por otro lado, el choro se muestra en el actuar y en el hacer, a través de lo que ha logrado y lo que ha vivido expresa su choreza, por lo tanto habla sólo lo justo y necesario, sin juzgar las acciones de los demás y sin delatar, cuidando de esta forma la sobrevivencia del grupo. Al mismo tiempo, el choro lleva una existencia sin sometimiento, es libre y lo que ha alcanzado lo ha hecho por sus propios medios; a pesar de esto, el choro también sufre, pero este sufrimiento lo hace más fuerte.

En esta imagen del choro, podemos encontrar rasgos distintivos de la vida en la calle, entre ellos:

- autodeterminación, a pesar de pertenecer a grupos, los/las jóvenes guían sus acciones por las propias decisiones y por la conveniencia o no de lo que desean hacer;
- disposición a enfrentar situaciones adversas, no dejar conflictos sin resolver, y hacerlo mediante la acción más que por medio de la palabra, por esto el pelear es uno de los principales mecanismos de legitimación;
- autenticidad, por lo tanto mostrarse tal cual uno es, en este sentido en oposición al choro aparece el engrupío, quien a través de un discurso bonito intenta demostrar lo que no es; por otro lado, la palabra debe ser utilizada sólo para lo necesario, hablar mucho puede ser un signo de desconfianza, ya que pone en peligro al grupo, entre el hablar y el actuar debe haber coherencia para ser alguien de confianza;
- vulnerabilidad, a pesar de toda la fuerza que se muestra al resistir y enfrentar la vida en la calle, se reconocen las penas, sufrimientos y soledades que afectan a cada uno y que se intenta evadir a través de la droga.

Como vemos, la opción de vivir en la calle con todo lo que ello significa es un signo de autonomía, ya que han

elegido esa vida como una posibilidad de desarrollarse y de realizar un proyecto. La imagen que hemos descrito del *choró* representa esta autonomía, la que se expresa en definir las propias decisiones y llevarlas a cabo.

Por otro lado, en cuanto a las diferencias entre hombres y mujeres, podemos decir que en cuanto a la representación de sí mismos ésta no es profunda, las mujeres se perciben tan autónomas y vulnerables como los hombres. Ahora bien, para las mujeres esta autonomía presenta un conflicto distinto, estrechamente ligado a la relación con la madre, para ellas sobrepasar la autoridad materna y enfrentarla es más significativo que para los hombres; enfrentar a la madre significa enfrentarse a ellas mismas, ya que reconocen en ella lo que debieran ser, puesto que aceptan la asignación tradicional de roles y la constitución común del género femenino, la salida a la calle representa una transgresión en ese ámbito también. Por esto el regreso al hogar, se constituye en un reencuentro con la madre y con ellas mismas.

Así también, la vulnerabilidad que las mujeres identifican para sí mismas en la calle, si bien en términos gruesos no dista mucho de la de los varones, en términos más profundos se encuentra relacionada con la construcción de género que tiene la sociedad. Así, ellas son apreciadas en la calle, en la mayoría de los casos, en términos de su sexualidad tanto en el abuso como en el uso de la misma. De esta forma, la posibilidad de la violación o de tener que usar su cuerpo como un medio de subsistencia las hace percibirse altamente vulnerables frente a los demás. En algunas de ellas, esta situación se maneja mostrándose y actuando igual o más choras que los hombres, es decir, enfrentando situaciones de peleas, de robos, de detención de la misma forma o más fuerte que los varones.

En este sentido, sobrevivir en la calle a través de la prostitución es mal visto tanto por hombres como por mujeres (independiente de reconocer o no haberlo hecho alguno vez), vender el cuerpo por el vicio, como ellos dicen, es reprochado por la mayoría, por lo tanto se ve en la delincuencia una alternativa más aceptable que la prostitución. A pesar de esto, las jóvenes recurren a esta actividad como medio de sobrevivencia y algunos también lo han hecho o han utilizado a sus parejas para que lo hagan y así obtener dinero.

De esta forma, si entendemos la cultura como una trama de significados que orienta la acción, siendo una de sus características distinguir y clasificar, lo que permitiría a los sujetos encontrar y dar sentido a los hechos y

seres en medio de los cuales vive, encontrando un lugar para sí mismo dentro de las categorías resultantes por las distinciones y clasificaciones señaladas y en el mundo por éstas ordenado (Geertz, 1992), la representación de sí mismo de los/las jóvenes en situación de calle, se presenta como un hecho cultural cuya significación orienta y da sentido a la acción de los sujetos. En este sentido, a pesar de que los/las jóvenes se ven a sí mismos como capaces de tomar decisiones y desarrollarse en el ámbito de la calle, se perciben distintos y marginados del resto de la sociedad; sienten que los beneficios que otros disfrutaban no están al alcance de ellos, a pesar de sus propios intentos por obtenerlos. Así los/las jóvenes perciben la exclusión y diferenciación social, en este sentido el estigma es vivido por ellos/ellas de distintas formas: en la detención, en la negación de una oportunidad de trabajo (por los antecedentes que se tienen o por el lugar en que se vive), ellos enfrentan este estigma con la utilización de máximas de igualdad universal de los seres humanos, lo que Goffman (1993) ha denominado la "sensación de ser una persona normal"; así entonces, a pesar de percibir la diferencia, los/las jóvenes la cubren con creencias sobre la igualdad de todos los seres humanos.

Esta percepción de la sociedad y del lugar que ocupamos en ella, corresponde a una construcción histórica y social, mantenida individualmente (Bourdieu, 1988) y que en el caso de estos/estas jóvenes se encuentra relacionada con la posición que sus familias ocupan en la sociedad. Es decir, los/las jóvenes reconocen la situación de pobreza en la cual sus familias y ellos han debido sobrevivir, han aprendido de sus padres estrategias de sobrevivencia y respuestas para la situación desventajosa en la que se encuentran con respecto al resto de la sociedad. A partir de esta vivencia familiar, y de la socialización recibida en la familia, encontramos en los/las jóvenes un *habitus* primario que permite comprender y desenvolverse en el mundo, así como también explicarlo y poder actuar en él, al mismo tiempo organizando su percepción.

De esta forma, este *habitus* que regula la acción de los individuos, permite también la recreación e invención; de esta forma, los/las jóvenes a la vez que recogen los sentidos y normas entregados en su socialización, pueden renovar e innovar mediante su propia acción y contacto con otros. Es así, como al salir a la calle, los/las jóvenes interiorizan códigos, sentidos y normas propias de ese ámbito y que se constituyen en un *habitus* secundario, y que al igual que el anterior les permite, sin desconocerlo, desenvolverse en ese mundo. El *habitus*

como generador de estilos de vida, con características distintivas dota a los individuos de identidad social.

Así entonces, partiendo del hecho de que la representación de sí mismo constituye un hecho cultural, ya que dota de sentido la acción de los individuos y les permite orientarse en el mundo, teniendo su origen en la posición que éstos ocupan en la sociedad y que los dota de un hábitus que les permite desenvolverse en ámbitos determinados; esta representación constituye un punto de unión entre lo social y lo individual, y corresponde a una forma de interpretar y de pensar el mundo que permite la comunicación, comprensión y el dominio del entorno.

Finalmente, podemos decir que el objeto de representación, es decir, el sí mismo es un producto cultural que permite a los/las jóvenes relacionarse y comprender el mundo en el que se desenvuelven y así mismos en dicho mundo; ahora bien, dicha representación está dada por la posición que éste individuo ocupa en la estructura social y la socialización que ha recibido a partir de dicha posición.

En el caso de los/las jóvenes en situación de calle, la situación de pobreza y exclusión que viven ellos y sus familias, así como su experiencia de vida en la calle, los ha llevado a desarrollar una imagen de sí mismos que les permite reconocer sus carencias, pero al mismo tiempo fortalecer sus potencialidades. De este modo, la autonomía y el poder de decisión desarrollado por estos/estas jóvenes, les permite reconocer su vulnerabilidad, pero al mismo tiempo sobreponerse a ella, buscando estrategias para sobrevivir y sentidos para justificar dicha sobrevivencia.

Cuatro

De acuerdo a la representación de la calle que tienen los jóvenes en situación de calle, podemos decir que ésta se visualiza como un espacio autónomo, al cual se hace referencia con independencia de los sujetos que en ese espacio podemos encontrar. La calle adquiere características propias que la definen, y que también definen a quien la utiliza; en este sentido, la calle no es para cualquiera, sino sólo para quien se capaz de recoger sus enseñanzas y advertencias y desenvolverse con sus códigos.

De esta forma, él o la más apta para desempeñarse en este espacio, es el choro, sujeto que condensa la resistencia necesaria para sobrevivir en él, pero que también refleja el dolor, desconfianza y estigmatización que lo acompaña. El choro, expresa la representación de sí que tienen los jóvenes en situación de calle y que, al mismo tiempo, refleja la imagen que tienen de la calle,

la que les permite potenciar su libertad y poder de decisión, pero la que al mismo tiempo les recuerda su vulnerabilidad y fragilidad.

Podemos decir, que en relación a lo expuesto, el desarrollo de estos niños y jóvenes en un espacio distinto, principalmente la escuela, es complejo. La escuela es un espacio para la estabilidad, es un espacio donde el protagonismo lo tienen otros (específicamente los profesores) y donde se orienta hacia la quietud y la concentración; por su parte la calle, es el espacio para los desplazamientos y el movimiento, aquí los niños y jóvenes son los protagonistas, ya que ellos son quienes deciden, por último es un espacio de dispersión y extensión, que me interpela a poner atención en muchos elementos a la vez ("hay que ser vivo") y que me invita a extender mi territorio y la posibilidad de conocimiento.

Para la comprensión de los niños y jóvenes en situación de calle, es importante tener en cuenta estos elementos, así como también la forma de relación que establecen con otros, definida principalmente por una desconfianza generalizada, donde mi entorno está lleno de conocidos (personas que no me llevan por el buen camino) y donde los amigos, aquellos que me dan buenos consejos, son escasos. La representación de la calle y de sí mismos de estos y estas jóvenes, nos lleva a reconocer en el espacio calle, un espacio social con definición propia a partir de los sujetos que en él se desenvuelven y de las características propias de estos sujetos.

Bibliografía

- 1.- Bravo, Adriana. 1994. Caracterización del niño trabajador callejero del Plan de Valparaíso y proposición de una nueva estrategia de intervención profesional. Universidad Católica de Valparaíso. Valparaíso, Chile.
- 2.- Bourdieu, Pierre. 1988. La distinción. Criterios y bases sociales del gusto. Editorial TAURUS. España.
- 3.- CEPPAC. 1993. Niños trabajadores organizados. La experiencia de San Bernardo. San Bernardo.
- 4.- Geertz, Clifford. 1992. La interpretación de las culturas. Editorial Gedisa. Barcelona, España.
- 5.- Goffman, Erving. 1993. Estigma. La identidad deteriorada. Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- 6.- Mansilla, María Eugenia. 1989. Los niños de la calle. Siembra de hoy, cosecha del mañana, Centro ADOC, Perú.
- 6.- Mazzotti, Mariella y Cristina Rodríguez. 1994. Transgresión y salida a la calle. Mujeres pobres adolescentes. CLAEH. Uruguay.